



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANODE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9488

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 17 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Inertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustros, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc. PASAJE DE COMESA.—PUERTA DE MURCIA.

ECOS DE MADRID.

Después de tantos sabios como los que venera y exalta la Historia hay que convenir en que la famosa teoría de Sancho Panza *peor es menallo* es la más provechosa de cuantas se han formulado por los más ilustres pensadores de todos los tiempos.

La inmoralidad, la desvergüenza, el descaro, la indecencia han perdido la hipocresía con que en otras épocas disfrazaban sus brutales instintos y andan por todas partes con la libertad y el desenfado de quien nada tiene que perder ni temer.

La higiene física progresa, la higiene moral retrocede. Combatir de frente esta tendencia soez, este humor malsano, esta epidemia que se ha generalizado es imitar las locuras de D. Quijote en vez de seguir los vulgares pero prácticos y sensados consejos de Sancho.

Ya saben los lectores que se ha constituido en Madrid una Sociedad de Padres de familia cuyo fin es perseguir la inmoralidad por todos los medios posibles. El propósito es laudable; pero los medios de realizarlo van resultando contraproducentes.

Llegó hace poco á uno de los circoes una joven agraciada, según dicen, que cantaba bastante mal, según cuentan, unos *couplets* franceses y bailaba con expresión y movimientos lividinosos. Este espectáculo grosero habría durado ocho ó diez noches, las personas sinceramente decentes se habrían quedado en su casa ó habrían buscado en otro sitio recreo más culto, la bestialidad se habría hastiado y paron ustedes de contar. La desdichada artista, y la llamo así porque considero una desgracia para mujer de diez y ocho años tener que ganarse

la vida á costa del pudor, la desdichada artista repito, se habría marchado, el público habría echado pestes contra la inmoralidad de los tiempos, el escándalo habría tenido reducido escenario y la moralidad no habría sufrido las burlas de que la hacen objeto hasta los periódicos más importantes, después de haber estado en ridículo ante la justicia durante un par de horas.

Estos días leerán cuantos saben leer en España los sabrosos comentarios, las detalladas y cómicas peripecias del juicio á que la *Bella Chiquita* ha sido sometida por la Asociación de los Padres de familia.

Si estos respetables señores se hubieran propuesto hacer la fortuna de la bailarina pornográfica, si hubieran querido estender su fama por toda España y hacerla desear hasta en las más soñolientas aldeas no habría encontrado un procedimiento más eficaz que el que ha puesto en práctica.

Cuando una epidemia se desarrolla no hay más remedio que aguantar sus efectos: lo que conviene es disfrutar de buena salud, tener una naturaleza fuerte para librarse del contagio.

Si la asociación que defiende los fueros de la moral no quiere sucumbir con su noble y hermosa bandera á manos del ridículo, que es enemigo formidable, necesita buscar nuevos caminos, no dar golpes en vano, no verse en la triste situación de que los tribunales la desautoricen con arreglo á las leyes, teniendo que absolver á los que verdaderamente infringen otras leyes morales, que solo la opinión pública puede aplicar.

Para combatir esa miseria humana, esa lepra latente siempre, oculta en otros tiempos, desenvuelta y descarada en los actuales, no hay más que dos sistemas, considerar como enfermos á estos leprosos, aislarlos por el silencio y el desprecio ó emplear las teorías homeopáticas. Empujarlos, hacer que lleguen á los últimos límites, para que lo que hoy es curiosidad y deleite se convierta en hastio y asco.

Del juicio celebrado ayer, aunque la bailarina tenga que retirarse por orden de la autoridad gubernativa, la inmoralidad ha sacado la mejor parte. Los padres de familia han proporcionado una ovación y una notoriedad precisamente á lo que en razón condenaban.

Y lo peor en todos los actos de la vida es tener que retroceder.

En otro orden de ideas más elevado y trascendental lo estamos viendo. Los intereses parciales se sublovan cuando se les ataca. Estamos amenazados de quedarnos sin medicamentos en 1.º de Julio lo cual según algunos escépticos podría muy bien contribuir á mejorar la salud de los españoles. Los abogados se declaran en huelga. Es el país un piano y cuando el gobierno lo toca, cada tecla lanza un grito de protesta.

¿Tienen razón los que se quejan? Pues antes de perjudicar intereses legítimos hay que meditar mucho lo que se hace. ¿No la tienen? Pues

adelante; porque lo peor que puede suceder á cualquier individuo y á un gobierno más aun, es tener que cantar la palinodia.

A estas teorías oponen los doctores en gramática parda la de que lo mejor es oír las quejas como quien oye llover y seguir por el camino trazado á donde siempre se llega.

Es verdad, se llega ¿pero como? Por fortuna, para distraernos de los temores que nos infunde el desasosiego general; vamos á pasar dos ó tres tardes deliciosas en los Jardines del Buen Retiro, donde se celebrará la *hermes* organizada por el gobernador á beneficio de los pobres.

Y luego vienen las verbonas, alegremente inauguradas con la de San Antonio.

Quizás tienen razón los que lo toman todo á beneficio de inventario. JULIO NOMBELA.

COLABORACION INEDITA.

EL LORITO REAL

(Cuentos para los niños.)

¡Si supiérais que alegre se puso Tina Gutiérrez cuando su padrino la regaló el día de Santa Tina (que era en el calendario el de Santa Florentina) un juguete, vivo que corría, se movía, morría y chillaba, un loro preciosísimo, comprado cerca del Teatro Español, allí donde están expuestos en sus jaulas tantos avechuchos, canarios, palomos, guacamallos; monitos y perros!



Con mil transportes de gozo. Nené se propuso consagrarse á labrar la felicidad de su loro, cuidando de limpiarle la jaula, mudarle el agua, evitar que viese ni desde una legua el perejil (ya sabéis que el perejil mata á esos bichos) y traerle garbanzos bien cociditos, bizcocho y otras golosinas.

La verdad es que el lorito era una monada. Tina no cesaba de alabarle. ¡Qué diferencia entre el y las estúpidas de las muñecas, que no daban á pié ni á pierna, se estaban eternamente en la misma postura, y para que abriesen ó cerrasen los ojos había que tirarlas de un cordelito!

El loro hacía mil morisquetas chistosas: alzaba una pata; se rascaba el morro; cogía los garbanzos y los trituraba con el pico, se enfadaba; se erguía; intentaba morder, y aunque en lo de hablar no estaba tan fuerte ya iría aprendiendo—decía Tina, que se había declarado profesora del loro.



A fuerzas de repetirle á Perico (estefué el nombre que le pusieron) algunas palabras y luego algunas frases, el animalito daba esperanzas de aprenderlas.

«Lorito real!»—le decían—y le graznaba: «¡Lorrito! ó cosa semejante.

«¡Rico! ¡Rico...col! ¡Precioso! ¡Pre-recioso!»

Sin embargo, ó ta tardanza del loro en aprender, ó la poca paciencia de Tina, eran causa de que se eternizase la educación aquella. Perico no pronunciaba bien claro, y Tina, que aquí en confianza os diré que estaba bastante mimada y consentida por sus papás, y tenía



muy bien puesta la costumbre de que en todo se la cumpliese volando el santo gusto, empezó á rabiar y á enfadarse con el discípulo torpe.

Ya, en vez de repetirle las palabras cucas de al principio, sólo le decía otras muy feas, mil insultos que la salían de la boquita como sapos de una rosa: «¡Asno! ¡Salandija! ¡Estúpido! ¡Panoli! ¡Idiota! ¡Borracho! ¡Indecente! ¡Fuero! ¡Bruto! ¡Porra! ¡Demonio!» Etcétera, etcétera.

Y se las decía con tal abinco y tal furia, que el loro las repetía mucho más claro que las otras.

Si me preguntáis cómo Tina, una niña de familia respetable, podía haber aprendido tales nombres y palabrotas tan ordinarias; os contestaré que la ordinariéz es igual que el barro de la calle: sale uno muy cepillado y limpio, lleva cuidado de no ensuciarse... y ¡vaya por Dios! vuelve uno á casa con el bajo del vestido lleno de motas.

De oír á los criados, de escuchar conversaciones al paso ¡se aprende cada atrocidad! Por eso no sirve de nada el impedir que lleguen á vuestros oídos: lo único que se puede hacer es explicarlos bien que son cosas malas y que si se oyen, no se repiten. Y vuelvo á Tina y á su discípulo.

Pues sucedió que un día, el padrino de Tina, el que había regalado el loro—y por cierto que le había costado quince duros—tuvo el capricho de enterarse de los adelantos que en hablar había realizado Periquin. Acercose á la jaula, y Ti-



na, confusa, colorada y con la cara de mojitata que ponía siempre que la precisaba esconder una picardihuela, alzó el dedo y dijo al loro: «¡Lorito real!» Y el loro callado. «¡Rico!» Y el loro, como si fuera de piedra. «¡Monin!» Lo mismo que un tronco.

—Vaya, creo que te traje un loro tonto—dijo el padrino, convencido de que el loro era incapaz de articular una sílaba. Oír el loro la palabra tonto y abrir el pico y arrojar al padrino de Tina con bastante claridad las mayores porquerías é insolencias de su repertorio fué todo uno.

«Memo! ¡Cochino! ¡Calabaza! ¡Tmador! ¡Ladrón! ¡Rata!... ¡Esperpento!» y otras lindezas.

—Oye, chica—preguntó el padrino á su ahijada, cogiéndola una orejita—¿Me quieres decir quien le enseña á este pajarraco á insultar á la gente?

—Paa... drii... no... yo... no fui... Es que él... es... así... muy... malo... muy infame... Castíguete usted... ¡Dele usted azotes, padrino, que todo se lo merece!

—A tí—exclamó gravemente el padrino volviéndose hacia los padres de la niña—es á quien habría que castigar; que el discípulo no es responsable de lo que le enseña el maestro. ¿Por qué le echas la culpa al pobre animalito?



Mañana saldrás tu al mundo, y á tus padres y á los que te educan habría que darle la azotaina, si á las primeras de cambio disparases una retahíla de desvergüenzas como las que de tí aprendió Periquin.

EMILIA PARDO BAZAN.

(Prohibida la reproducción.)

OSSIAN EN PROSA

¿Dónde va Ossian á todas horas, solitario por el monte, perdido en la noche tempestuosa, saltando de riesgo en riesgo, iluminado por la lívida luz de los relámpagos y á trechos sumido en medrosa obscuridad?

Paroce como que los cielos se desgajan, que el firmamento se desploma y la tierra se rompe en siniestros chasquidos.

Y Ossian camina y camina, libre al vendabal la nevada cabellera, ensangrentados los desnudos pies y expuesta la noble cabeza al agua que caía á torrentes.

Y camina y camina, con las manos avanzadas en la sombra y la mirada, ora perdido en la obscuridad, ora deslumbrado por el lívido resplandor de las centellas.

Y camina, y camina Ossian y se detiene de pronto. Ha llegado... Se arrodilla... y sus sollozos van á mezclarse con el fragor de los truenos, el chis chas del agua que cae y el rebramar del huracán que despierta los ecos de aquellas montañas consagradas por los cantos del poeta.

Después suena su voz...

No se sabe si canta, solloza, gime, ó se lamenta.

Así exclama:

«¿Hay mayor desesperación? ¿puede darse angustia más sin alivio?...

Aquí yace... Aquí la enterraron (y besa la tierra en el hueco de dos peñas.)

Si eras inmortal ¿cómo pudiste morir? ¿Qué aterradora divinidad del Averno pudo cambiar así tu naturaleza? ¿En dónde moras ahora?... ¿Queda algo de tí, allá en los misteriosos lugares á donde fueron mis hijos, ó has dejado de ser para siempre?

Un cacharro se rompe, se disgrega en pedazos, se convierte en polvo, vuelve á la tierra y tal vez se fecundiza, quizá va á convertirse en polvo entre los pétalos de una flor, en savia en los tuétanos de